

JOSE DE SAN MARTIN Y MATORRAS

Rosa Ruiz Gisbert
Escritora

RESUMEN:

Los míticos libertadores de América del Sur fueron Simón Bolívar y José Francisco de San Martín. Los dos empezaron su lucha como auténticos republicanos y terminaron coqueteando con la monarquía. Ambos pueden describirse como herederos del absolutismo ilustrado y creyeron que la mejor forma de servir a la independencia era a través de gobiernos fuertes que impulsaran un cambio social. Este trabajo está dedicado a estudiar la trayectoria de José de San Martín, cuando se conmemora, próximamente, el bicentenario de la Independencia Latinoamericana.

Palabras clave: José de San Martín. Conspiración de Álzaga. Realistas. Logia Lautaro.

SUMMARY:

The mythical South American liberators were Simón Bolívar and José Francisco de San Martín. Both started as true Republicans and flirting with the monarchy. Both can be described as heirs of enlightened absolutism and believed that the best way of serving the independence through strong government that would drive social change. This work is dedicated to exploring the history of José de San Martín, while commemorating, soon, the bicentenary of Latin American independence.

Key words: José de San Martín, Álzaga Conspiracy. Realists. Logia Lautaro.

José Francisco de San Martín y Matorras nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú (Corrientes), reducto indio a orillas del río Uruguay (cuyo significado es en guaraní *el tiempo que ha llegado a su madurez*), de padres españoles, cuyo matrimonio tuvo lugar el 1 de octubre de 1770 en Buenos Aires. Don Juan de San Martín y Gómez (Cervatos de la Cueva –Palencia- 3-2-1728 – Málaga 4-12-1796), el padre, era por entonces gobernador de Yapeyú, nombrado por el virrey Juan José de Vértiz y Salcedo. Yapeyú era el pueblo más meridional de las Misiones Guaraníes. Su madre fue Gregoria Matorral y José Francisco era el menor de los cinco hijos del matrimonio.

Hasta los tres años permaneció en Yapeyú. Luego sus padres lo trasladan a Buenos Aires, capital del virreinato, donde fue nombrado el mayor Juan de San Martín teniente gobernador por el virrey Juan José de Vértiz. En 1784, luego de concluidos sus servicios, arribó a Cádiz.

A mediados de 1785, por una orden del rey y a petición propia, D. Juan de San Martín se traslada con su familia a Málaga, como agregado al estado mayor de dicha plaza y José Francisco es enviado, a los siete años, al Seminario de Nobles de Madrid, donde se distinguió por su buena memoria, a pesar de que no fue un alumno brillante, sin que pasara de los estudios primarios.

A los once años solicita la admisión, como cadete, en el Regimiento de Murcia y el informe favorable le fue concedido el 9 de julio de 1789, fecha en que San Martín consideraba iniciada su carrera.

España. Primer rompimiento.

Su primera campaña militar fue en África: Melilla y Orán el centro de operaciones. Tiene trece años. La segunda sería el Rosellón. Guerreó en numerosas batallas y a pesar de llegar el ejército a las puertas de Perpiñán, España sería derrotada. San Martín tiene diecisiete años y es ascendido a subteniente y luego a teniente.

Su tercera campaña se centra en medio del mar contra Inglaterra. España y Francia son aliadas y en 1797 España es derrotada. En 1798

la fragata donde navegaba San Martín es atacada y rendida, pese a la bravura de los tripulantes.

Una cuarta campaña se desarrolló en tierras portuguesas, formada por dos episodios: uno al frente de una Compañía del Regimiento de Murcia y otra en el Regimiento de Voluntarios de Campo Mayor, a las órdenes del General Solano. Entre ambos episodios interviene en el bloqueo a Gibraltar, en poder de los ingleses. En estos días se firmaron los tratados de Amiens y Fontainebleau entre Inglaterra, de un lado, y Francia y España de otro (1802).

La quinta etapa tiene lugar cuando, durante la invasión napoleónica, es cautivo de los franceses Carlos IV. El General Solano muere, a manos de la muchedumbre enfurecida, durante un motín ocurrido en Cádiz y, para no olvidarlo, San Martín llevaría siempre consigo un retrato del infortunado General.

Es ascendido a Ayudante de su Regimiento, que se incorpora al ejército de Andalucía frente al General Castaño.

Es su sexta campaña memorable, cuando es citado en la Gaceta Ministerial de Sevilla y ensalzado por su valentía y combatividad. Se le nombra Capitán de la Caballería de Borbón.

El 18 de julio de 1808 tuvo lugar la batalla de Bailén, con la derrota de las tropas napoleónicas y la concesión a San Martín de una medalla de oro por su valerosa conducta. El rey Carlos IV abdica en su hijo Fernando VII.

La séptima campaña comprendió una derrota: la de Tudela. Y una victoria: la de Albuela. También una herida de sable francés.

El ejército entraría victorioso en Madrid y San Martín sería nombrado, sucesivamente, Coronel de Caballería, Ayudante del General Compigni y Comandante del Regimiento de Dragones de Sagunto.

1811 fue el último año de sus jornadas guerreras en España. El 14 de septiembre embarcaría hacia otros destinos, produciéndose, así, su primer rompimiento.

Semblanza

Lo describen como de estatura mediana, pero imponente por lo marcial; de tez morena, nariz aguileña y gesto enérgico. Ojos negros, de profunda mirada y expresivas cejas. El andar ágil y firme, la actitud cautelosa, el gesto sombrío. Usaba unas largas patillas peinadas hacia delante. También peinaba hacia delante el cabello, negro y lacio. En su conversación se mostraba más abierto a aprender que a deslumbrar, aunque la vida militar había endurecido un tanto sus maneras. Sobrio en el vestir, huía de toda forma de énfasis o teatralidad. Su vida, desde muy joven, estuvo sometida a severa disciplina. Parece que fue en Cádiz donde con más frecuencia se le vio. Se sabe que prestó auxilios en una gran epidemia ocurrida en 1803 y que, por su abnegación, le fueron anotados dichos servicios en su hoja militar. Se dice que en Cádiz conoció al que iba a ser su primer biógrafo: García del Río.

Su padre muere en 1803, cuando era Capitán de la plaza de Málaga.

Al mismo tiempo que en España tenía lugar la lucha del pueblo contra los invasores franceses, fuera de España se tejía una vasta red de intrigas destinadas a la consecución del desmembramiento de su imperio, y Cádiz era un semillero de conspiraciones. San Martín, desilusionado por los acontecimientos y por el desprestigio en que su causa, por la que lo había dado todo, se encontraba, tomó la decisión de marchar, ya que nada en España, fuera de su madre, lo retenía con fuerza suficiente. Se provee de un pasaporte falso y se traslada a Inglaterra.

En Londres se encuentra con argentinos que le ponen al corriente de los últimos sucesos, lo que lo decide a partir hacia América. Durante el largo viaje cumpliría treinta y cuatro años.

Segundo rompimiento: Argentina.

En sustitución de los virreyes gobernaba un triunvirato. Dos de estos triunvirus desconfiaron del recién llegado, a pesar de su hoja de servicios en la que, entre otros datos, figuraba un excelente concepto sobre su

capacidad y valor, ninguna licencia en veinte años, rápidos ascensos en acciones de guerra, entre ellas la Batalla de Bailén, en la que Napoleón fuera derrotado.

A pesar de esto, una semana después de su llegada, le era reconocido el grado de Teniente Coronel de Caballería. Fue nombrado Comandante de un escuadrón que él mismo debía organizar y que, luego, fue el célebre Regimiento de Granaderos a Caballo. El Cuerpo fundado por San Martín daría a América 19 generales y más de 200 jefes y oficiales, todos ascendidos en acciones de guerra. Es el propio San Martín quien elige a los cadetes y soldados, unos y otros escogidos de entre las mejores familias y los gauchos, jinetes de la pampa. Su meta era organizar la independencia y los medios de que se valió, en principio, fueron dos: la creación de una logia, a la manera de la que se había fundado en Cádiz, y romper los últimos lazos con el Rey Fernando VII. Para ello funda en 1812, el mismo año de su llegada a Buenos Aires, la Logia Lautaro y la Gran Logia de Buenos Aires, la primera establecida en América. Su objetivo: lograr la independencia de América de los españoles, estableciendo un sistema de gobierno republicano unipersonal. San Martín mantenía relaciones amistosas con medios masones y tenía conocimiento de sus ideas. Sin embargo, se ha discutido ampliamente sobre si la Logia Lautaro era o no masónica.

El rompimiento con Fernando VII va a producirse como consecuencia de las intensas convulsiones que agitaron el triunvirato por aquellos días. A mediados de 1812, la situación interna del país sufría la crisis de la conspiración de Álzaga, agravada por la represión que se dirige contra ella.

El 1 de julio de 1812 el gobierno descubrió –o creyó descubrir– una conspiración de españoles contra el primer triunvirato, formado por Rivadavia, Puyrredón y Chiclana. Buenos Aires, escasa de tropas, la mayoría enviadas al Ejército del Norte, (denominado en los documentos de la época como Ejército del Perú y desplegado por las Provincias Unidas del Río de la Plata) se ve en una situación delicada. Aunque, en realidad, hay dudas sobre una conspiración que no se pudo demostrar, Álzaga es arrestado y sometido a proceso criminal secreto, siendo condenado a muerte junto a otros muchos, hasta 40 hombres, incluidos jefes militares, frailes y comerciantes, cuyos bienes fueron expropiados. Según Enrique de Gandía,

prestigioso historiador argentino, la revolución que se le atribuye a Álzaga ocurrió después de su muerte, encabezada por San Martín.

En la constitución del nuevo triunvirato (oct. 1812) tuvo buena parte San Martín. Del juramento prestado por los triunviros fue excluída toda obediencia a Fernando VII, manifestación que, hasta entonces, había formado parte del contenido de la fórmula del juramento.

El 12 de septiembre de 1812 se había casado, en la catedral de Buenos Aires, José de San Martín con M^a de los Remedios de Escalada, perteneciente a una de las distinguidas familias del país. La frescura de los quince años de la novia, conquistaron al veterano guerrero. Tres semanas después de la boda se produce la revolución de octubre y la primera campaña de San Martín en América tendrá lugar cuatro meses más tarde: el 28 de enero de 1813 parte hacia su primera misión, el combate de San Lorenzo, cuya victoria se vio disminuida por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

Vilcapugio (en quechua *pozo santo*) fue una contienda en la que las tropas del general Manuel Belgrano fueron derrotadas por las tropas realistas comandadas por Joaquín de Pezuela, el 1 de octubre de 1813. Tomados por sorpresa, los argentinos se dieron a la desbandada adueñándose los realistas de la artillería.

Las tropas de los realistas se formaban en una organización surgida de los defensores de la monarquía española. Solo reconocían la autoridad del rey español a través de los virreyes y las autoridades españolas. Su fin era intentar detener el proceso generalizado de independencia de las colonias americanas.

Luego de esta derrota Belgrano establece su cuartel general en Macha, donde reorganiza su ejército. Reúne una junta de oficiales para discutir el plan a seguir y a pesar de la opinión de la mayoría de retirarse a Potosí, Belgrano insiste en enfrentarse a los realistas. La batalla de Ayohuma (*cabeza de muerto* en quechua) se pierde ante el empuje de las tropas realistas añadido al problema de la artillería de los patriotas, de escasa potencia para dañar a sus adversarios y Belgrano se ve obligado a retroceder, dejando en el campo de batalla alrededor de doscientos muertos, doscientos heridos, quinientos prisioneros y casi toda la artillería. Es procesado y se nombre a San Martín como sustituto.

En 1813 se consolidará, definitivamente, el rompimiento con Fernando VII y la total independencia. Las disposiciones dadas por la llamada *Asamblea del año 13* serían, entre otras: supresión de la esfinge de Fernando VII de las monedas y supresión de la mención de su soberanía en los documentos públicos. La nación tomaría la denominación de Provincias Unidas del Río de la Plata. Pero la independencia, declarada oficial y formalmente, no se daría hasta el 9 de julio de 1816, en San Miguel de Tucumán.

El llamado Ejército del Norte se había convertido, tras seis agotadores jornadas de marcha, en un triste despojo y los hombres que lo formaban estaban enfermos y medio desnudos. Los arenga San Martín y, desobedeciendo por primera vez al gobierno, dispone de caudales procedentes de plata del Potosí para pagar a oficiales y tropa, acallando el creciente descontento. Esta conducta sería muy censurada en Buenos Aires, entre otras cosas, porque allí se debían también varios meses de pagas militares.

Sin embargo, San Martín sigue su camino sin vacilaciones y de seiscientos hombres con que el Ejército del Norte contaba cuando asume su mando, llega a pasar a dos mil. Uno de sus principios era que no hay ejército sin matemáticas y funda una escuela al efecto. Otro principio suyo era que los soldados se forman en los cuarteles antes que en las batallas. Toda la experiencia de España fue puesta en la causa de América. Se da cuenta de que, en la selva montañosa que era el Norte, sería más eficaz un sistema de guerrillas. Medita un plan y solicita ser nombrado Gobernador de Cuyo, basándose en motivos de salud (cosa que era cierta, ya que padece una afección interna que le produce un vómito de sangre y le obliga a tomarse un descanso), consiguiéndolo en agosto de 1814, y se traslada a Mendoza, donde, unos meses después, se le reúne su mujer. En Mendoza funda una segunda Logia Lautaro y reorganiza el ejército de los Andes con tropas mayoritariamente enviadas desde Buenos Aires y una importante cantidad de milicianos cuyanos y restos del ejército chileno independentista, entre los que se encontraba Bernardo O'Higgins

La jurisdicción de Cuyo comprendía, entonces, las provincias que hoy son San Luís, San Juan y Mendoza, que estaban vinculadas a Chile desde sus orígenes coloniales.

San Martín se revela como un verdadero estadista. Se levanta de madrugada y trabaja hasta mediodía, para almorzar de pie. Una breve siesta y luego trabaja hasta la noche, cenando frugalmente. Pocas veces duerme, entregándose totalmente a su tarea. Cuando es nombrado Coronel Mayor (General de Brigada) renuncia al grado y no acepta ningún ascenso ya más. Sus enemigos no entienden su proceder y levantan murmuraciones en torno a su nombre. Anteriormente ya había renunciado a la mitad de su sueldo como Gobernador de Cuyo.

En enero de 1816 sufre un segundo vómito de sangre y se ve obligado de nuevo a guardar reposo.

Como no puede sostener su casa de Mendoza debido a sus renunciaciones, decide enviar a su mujer con sus padres. Todos creen que el verdadero motivo es la posible invasión de los realistas, que amenaza desde Chile. El Cabildo insiste en pagarle la otra mitad del sueldo para que su mujer no tenga que marchar, pero San Martín rechaza el ofrecimiento y decide que su esposa se quede en Mendoza. Su plan, del que antes hablaba, era pasar a Chile y de allí a Lima que era la sede de los realistas, adelantándose, así, al peligro inminente de una invasión de éstos que se cernía sobre Mendoza.

Los fines del ejército realista eran intentar detener el proceso generalizado de independencia de las colonias americanas. Se trataba de una organización improvisada surgida de los defensores de la monarquía española que sólo reconocían la autoridad del rey español a través de los virreyes y las autoridades españolas.

Pero a principios de 1816 se elude la frontera chilena por parte del gobierno de Buenos Aires, distraído con otros frentes, y San Martín se desespera. Escribe “Cuando la expedición a Chile se emprenda ya será tarde”.

No obstante, consigue interesar con su plan al nuevo Director Supremo de las Provincias Unidas, quien se compromete a apoyarle oficialmente para dotar al Ejército de Cuyo y autorizar el paso a través de los Andes.

El 24 de agosto de 1816, su esposa, María de los Remedios, le daría una hija.

Prácticamente de la nada, debido a las dificultades económicas del gobierno de Buenos Aires, poco menos que en la miseria, la poderosa voluntad

de San Martín consigue formar el Ejército de los Andes, que asombraría al mundo. Dos años tuvo que trabajar para conseguirlo, haciendo cooperar hasta a frailes y niños. Entretanto y, siempre según el plan propuesto, va minando la opinión civil de Chile a través de agentes secretos, desarticulando al enemigo con falsas noticias sobre posibles puntos de ataque. Al jefe realista Marcó del Pont le hizo una ingeniosa guerra de zapa que lo desbarató, moral y materialmente.

A comienzos del año 1817 se adentra en los Andes, identificándose con sus montañas, hasta el sitio previsto para la concentración de las tropas, mandadas por Las Heras, Soler y O'Higgins: Chacabuco. Es el 11 de febrero de 1817 y al amanecer del día 12, habiendo decidido adelantar la batalla (prevista para el día 14) descienden hasta el llano. El plan consiste en atacar a las fuerzas enemigas, los realistas, allí acampadas, desde los flancos y la retaguardia al mismo tiempo, en una operación envolvente que les impida la retirada. Al caer la tarde del día 12 se consuma la primera victoria. San Martín va a cumplir cuarenta años.

El general realista, Marcó del Pont, al conocer la derrota, intenta la huida desde Valparaíso donde, previamente, se refugiara, pero es apresado y conducido hasta el victorioso San Martín, consumándose, así, la independencia chilena, tan necesaria para el mantenimiento de la de Argentina. Se declara la independencia de las llamadas Provincias Unidas de Sud América. En 1820 se separarían Mendoza, San Juan y San Luis, haciéndose cargo de su propio gobierno.

El pueblo chileno elige a San Martín para su gobierno, pero éste renuncia, fiel a su norma, y solo permite retener el mando militar, a fin de organizar un Ejército Unido, compuesto de argentinos y chilenos, para llevarlo, por mar, a Perú, su nueva meta. Con tal propósito establece un arsenal y un campamento para aprendizaje de nuevos reclutas, base de su futura escuadra.

Para regir los destinos del pueblo chileno es elegido O'Higgins, quien funda, en Santiago, la tercera Logia Lautaro.

Por su parte, San Martín, además de su renuncia al poder y a otras posteriores a concesiones económicas que le fueron hechas por el Cabildo de Santiago, también renunciaría a un nuevo ascenso que le fue otorgado

en Buenos Aires. En vista de ello, se le decreta una pensión vitalicia anual para su hija Mercedes, pensión a la que no puede renunciar. Sí aceptó, en cambio, un escudo otorgado por el gobierno de Buenos Aires, con la siguiente leyenda: “*La patria en Chacabuco, al vencedor de los Andes y Libertador de Chile*” y una chacra del gobierno de Santiago, aunque su producto lo destina a costear un hospital de mujeres y un vacunador para combatir la viruela.

La primera escuadra chilena es confiada a un argentino, Blanco Escalada, oficial de marina, quien, a pesar de las dificultades, consigue algunas victorias. Un barco español abordado se convertiría en el O’Higgins, formando parte de la escuadra sanmartiniana.

San Martín, por entonces, maneja, desde Chile, sus sutiles trabajos de zapa contra Perú, valiéndose de agentes secretos y propaganda. Aprovecha el temor sobre una posible marcha por el Pacífico de la invasión libertadora.

La independencia de Chile tendrá lugar el 12 de febrero de 1818, justo un año después de la victoria de Chacabuco.

El plan de San Martín para la liberación de Perú era llegar a Lima por la costa, con la unión de argentinos y chilenos. Sin suerte al sur de Chile, se desquitan en Talcahuano. En Cancha Rayada, sin embargo, la noche del 19 de marzo de 1818, sorprendieron al libertador, aunque el ejército, repleto de la sorpresa, dos días después está nuevamente en marcha.

La batalla de Cancha Rayada, también conocida como Sorpresa o Desastre de Cancha Rayada, tiene lugar cuando San Martín es avisado de que el enemigo salía de la ciudad y, sin tiempo de organizar la defensa, es atacado por los realistas. La confusión y el pánico desorganizan al ejército, pero el general Juan Gregorio de las Heras, sabedor de la táctica realista de tomar por sorpresa al enemigo, pudo salvar íntegra una división de tres mil hombres, escapando a menos de doscientos metros de la retaguardia realista en un acto brillante y San Martín logra mover sus tropas hacia una posición en que podían responder al fuego enemigo, con lo que los realistas tuvieron cerca de doscientos muertos y heridos

Los realistas, convencidos de haber dado un gran descalabro a los libertadores en Cancha Rayada, marchan hacia Santiago, pero, al no cono-

cer el camino, se desvían hacia la costa. Este error les costó la derrota de Maipú. San Martín llega a Santiago de Chile el 25 de marzo de 1818 para aprestar las defensas y alentar la reorganización de su ejército. El 2 de abril Sanmartín se desplaza desde Santiago de Chile a una loma distante diez kilómetros al sur de la capital. Se enfrenta a los realistas (bajo las órdenes de Mariano Osorio) atacando el centro y la derecha de los españoles. Las fuerzas sanmartinianas las comandaba Gregorio de las Heras. Como la batalla no se inclinaba hacia ningún bando, San Martín decide atacar con su escolta personal por los flancos y el centro español. Muchos creen que esta decisión definió la victoria de Maipú.

San Martín viaja posteriormente a Buenos Aires, donde se reúne con su esposa tras otra larga separación. Surgen problemas con la Logia Lautaro que hacen peligrar el plan de Perú hasta el punto que San Martín renuncia a su mando, renuncia que no le fue aceptada, por lo que, volviendo a dejar a su familia, retorna a Chile, entrando de incógnito en Santiago.

La escuadra libertadora del Pacífico se hallaba formada a principios de 1819. Desde entonces, San Martín se dedica a inquietar puertos, alarmar poblaciones, esparcir proclamas y espiar, según sus conocidas tácticas.

Entretanto se gesta una guerra civil en las provincias argentinas, provocada al proclamarse la primera Constitución, el 22 de abril de 1819, de clara tendencia unitaria y centralista en provecho de Buenos Aires y en detrimento de las provincias del interior. El gobierno de Buenos Aires da la orden de regresar al Ejército de los Andes, lo que supone el debilitamiento de O'Higgins y el rompimiento de la alianza chileno-argentina, es decir, el fracaso de los planes de Perú.

San Martín cae gravemente enfermo y debe renunciar al mando del ejército. Su enfermedad se agrava cuando sabe de la sublevación del Ejército del Norte y la prisión de Belgrano. Pide permiso para tomarse un descanso y atender a su salud en Mendoza y, nuevamente, se separa de su mujer, a quien envía a Buenos Aires junto con su hija. Caen ambas en poder de los indios y son rescatadas por un destacamento.

Entretanto, recibe la noticia de que el gobierno de Chile está dispuesto a apoyar su expedición a Perú.

Buenos Aires, ante los problemas suscitados por las provincias del interior, reclama a su ejército, pero también era el Ejército de los Andes, el Ejército de la Liberación de América y, para San Martín, América no era Argentina solo, sino que contaban también Chile, Perú y todo el resto del continente. Su “manifiesto de la desobediencia” confirma su ruptura con las provincias argentinas que duraría hasta principios de 1825, en que se aprueba un pacto entre ellas. Sin embargo, al ser promulgada la nueva Constitución que recogía lo fundamental de la de 1819, estalla de nuevo la guerra civil entre federalistas y centralistas (litoral e interior), que dura hasta 1835 en que se constituyó una dictadura.

San Martín, pues, no toma parte en estas luchas internas de Argentina y, así, su Ejército de los Andes se dedica a liberar América. Se produce su segundo rompimiento porque no puede renunciar a su meta y se entrega a ella sin vacilar ante nada ni ante nadie.

Tercer rompimiento: El Perú

En enero de 1820, esta vez en una camilla dado su quebrantado estado de salud, San Martín atraviesa la cordillera andina y se instala con el Ejército Unido en el campamento de Rancauga, cerca de Valparaíso.

La crisis de la autoridad argentina propicia la reorganización de la tercera Logia Lautaro o Logia de Santiago. Se le da una nueva constitución con vistas a la empresa que se preparaba. A principios de agosto se mandaría cerrar el puerto de Valparaíso al objeto de efectuar, con mayor seguridad, los preparativos de la escuadra expedicionaria que pone rumbo a su destino el día 20 de agosto de 1820. El viaje duraría algo más de dos semanas y llegan a la bahía de Paracas el 7 de septiembre. El desembarco coincidiría con la nueva Constitución Española bajo Fernando VII.

En los planes de San Martín no entra atacar directamente la capital de Perú, sino insurreccionar al país y para ello aumenta su ejército con esclavos y pone en práctica sus conocidos métodos para hostilizar al pueblo. Consigue la sublevación del Batallón Numancia y la sustitución del virrey Pezuela por La Serna, quien representa las tendencias liberales que

en España había restaurado la Constitución de 1812. La opinión pública muestra inquietud y el general Arenales consigue causar pérdidas de consideración a los realistas, mientras la escuadra se traslada a Huacho y el campamento a Huaura.

Una fiebre maligna diezma al campamento, atacando a San Martín. A esto se añade el retraso de auxilios desde Chile.

En una entrevista parlamentaria, San Martín propone la independencia sin derramamiento de sangre, que es rechazada por el ejército.

Con el transcurso de los meses se rebaja la resistencia realista, minado el cuerpo en su propio baluarte, hasta el punto de que el virrey anuncia el propósito de abandonar la ciudad delegando el mando en el marqués de Montemira. El pánico cunde en Lima y se le propone a San Martín entrar en la ciudad para protegerla. Así, no como vencedor sino como invitado del pueblo, se entrega Perú a San Martín el 9 de julio de 1821, aniversario de la independencia de Argentina y del comienzo de la carrera de San Martín.

La jura de la independencia tendría lugar el 28 de julio de aquel año.

San Martín es nombrado Protector del Perú, iniciando la obra de consolidación de una libertad con la que no todos estaban de acuerdo. Las tropas realistas, de otra parte, ocupaban aún el Alto Perú en la sierra, y el Callao en la costa, siendo todavía numerosas. De hecho, el 4 de septiembre corren rumores de que el virrey se acerca desde la sierra para atacar Lima, lo que desata el pánico. San Martín, con sus palabras, recomienda tranquilidad y confianza a la población y proclama la movilización general.

Los dos ejércitos se avistarían entre el Callao y Lima. Nadie sabía cuál era el plan de San Martín, aunque se veía que no iba a entrar en combate, fiel a su estratégico modo de actuar. Los patriotas peruanos se enardecían ante la vista del adversario, deseando el combate y murmurando. San Martín esperaba a que a los realistas se les acabaran los víveres. Solo la sierra tenían detrás y delante al enemigo.

La desmoralización de las tropas realistas se produce tal como había calculado San Martín, cayendo el Callao, el más poderoso arsenal de América y la más fuerte ciudadela del Pacífico. Para muchos el insólito sistema, para aquellos tiempos, empleado por San Martín no era más que cobardía y decadencia.

El ejército vuelve a Lima triunfante y San Martín, en colaboración con sus ministros, realiza reformas institucionales democráticas: crea una legión peruana para dotar al país de ejército propio; reorganiza la hacienda; abre al país al comercio libre, suprime la servidumbre de los indios, las encomiendas y otras varias clases de servidumbres, emancipando a los esclavos; sienta las bases de la libertad de imprenta; abolió la Inquisición, la censura previa, los azotes en las escuelas y los tormentos en las cárceles; consagró la inviolabilidad del domicilio y otras garantías individuales; fundó una biblioteca pública e instituyó la división de poderes. En una palabra, consagró los principios de la soberanía popular y del gobierno democrático.

Pero el viejo Perú lucha sordamente contra estas reformas. Lord Cochrane instiga y desmoraliza al ejército, chocando frecuentemente con San Martín. Incluso se fragua una conspiración que, afortunadamente, no llega a producirse.

Entretanto, Simón Bolívar, por su parte, lucha en Colombia con heroísmo admirable. Aún no se conocen personalmente los dos libertadores. Desde Perú, San Martín envía felicitaciones por sus triunfos a Bolívar. Más tarde, incluso, le enviaría auxilios con el Coronel de Santa Cruz y 1600 hombres, lo que propicia las victorias de Riobamba y Pichincha, cuya consecuencia fue la rendición de Quito.

A partir de la penetración del ejército colombiano en Ecuador, San Martín y Bolívar mantendrían una más directa colaboración. San Martín vuelve a enviar tropas, entre las que figuran los Granaderos a Caballo que se habían lucido ya en Riobamba y Pichincha.

San Martín desea abrazar a Bolívar y proponerle una alianza “en grande” y desde 1822 intenta el contacto. Ya en 1811 estuvieron a punto de encontrarse en Londres, pero San Martín llegó poco después de que Bolívar y el venezolano Francisco de Miranda marcharan a América a impulsar el movimiento independentista. Miranda, considerado por muchos historiadores como el padre de la emancipación americana, fue acusado, más tarde, por Bolívar de traidor a la causa y entregado por éste al ejército español. El militar que había luchado en la Revolución Francesa y en la independencia de Estados Unidos, murió enfermo en una prisión de Cádiz

en 1816. Más de un estudioso interpreta que Bolívar traicionó a Miranda para ser la única cabeza del movimiento revolucionario.

La ocasión se presentó en julio de 1822 pero, habiendo entrado Bolívar en Guayaquil, se siente más fuerte y, por ello, menos dispuesto hacia San Martín. Sostuvieron varias entrevistas, pero de ninguna quedaría testimonio alguno. San Martín se marchó con la sospecha de que Bolívar le había negado apoyo militar para acabar en Perú con la guerra contra España, con el fin de convertirse en el único héroe de la gesta. Lynch reconoce que es posible creer que Bolívar quiso quedarse toda la gloria. Dos años más tarde, el mariscal Antonio José de Sucre, el oficial favorito de Bolívar, libró en Ayacucho la última batalla por la independencia.¹

San Martín prefería que Guayaquil y otros pueblos del Ecuador conservaran su autonomía, pero Bolívar confesaría, más tarde, el carácter militar de la incorporación aún revestida con apariencias democráticas en los primeros momentos. Más adelante se producirían rivalidades entre Quito y Guayaquil, a raíz de la independencia de la primera (13 de mayo 1830). Un año antes estalla la revolución que separó a Colombia, El Perú y Venezuela. En Guayaquil se mantuvieron durante muchos años fuertes luchas intestinas entre liberales y conservadores, quedando rota la Federación Colombiana por la que tanto luchara Bolívar quien, pocos meses después, moriría, ya en su retiro.

A su vuelta a Lima, San Martín inaugura el Primer Congreso de la Nación Peruana, dejando constituida el 20 de septiembre de 1822, por convocatoria suya, la representación democrática del país. Ante la Asamblea se despojaría de la banda roja y blanca que le cruzaba el pecho como símbolo del poder supremo que, hasta entonces, ejerciera.

El Congreso lo proclamaría “Primer soldado de la libertad de América” y le nombra Generalísimo de los Ejércitos de mar y tierra del Perú. Pero San Martín, una vez más, renunciaría a los honores. Entonces se acuerda concederle el título de “Fundador de la Libertad del Perú”, se le insta a usar perpetuamente la banda de la cual se había despojado y se ordena se le erija una estatua en Lima y un busto en la Biblioteca Nacional por

1 Fernando Gualdemil. Gritos de Independencia. Babelia. El País 28-11-09

él fundada, así como que, en todo tiempo, le fueran rendidos honores de presidente en el territorio de la República.

Al fin, San Martín se alejaría de Perú, llevándose consigo los títulos de “Protector” y “Fundador”, así como el estandarte de Pizarro como símbolo de la victoria. Se retira a la Magdalena y hasta allí llegarían las diputaciones del Congreso para exigirle que aceptara el cargo de Generalísimo, a lo que, nuevamente, se negaría.

Sale de la Magdalena el 20 de septiembre de 1822 y cruza de nuevo los Andes, esta vez sobre una mula. Esta etapa de su vida debió ser la más dura: Había llegado a la meta, pero el resultado era más bien trise. Si nos detenemos a considerar su comportamiento desde el cerco puesto a Lima, veremos que es, a partir de entonces, cuando se perfilan las primeras señales de su derrota, si es que se la puede llamar así. La incomprensión y las calumnias le persiguen dondequiera que va. Con un ejército reducido y otro de patriotas peruanos sin acabar de formarse, diezmados por las bajas causadas por la peste que atacara al campamento, San Martín no podía arriesgarse a presentar batalla. Esto no lo entendieron y le tacharon de cobarde cuando no, los más generosos, de decadencia física. Por otra parte, su táctica de dejar en libertad a los españoles para salir del país con todos sus intereses, librándose, así, de muchos poderosos y debilitando al partido realista, le falla en Lima donde el arraigo de las tradiciones era muy fuerte.

Se le reprocharon, además, crueldades con los reos, confiscaciones y violaciones de domicilios. Era una guerra sin cuartel y las medidas de represión fueron duras.

Por otra parte, le falló su encuentro con Simón Bolívar en quien, sin duda, pensaba para su fortalecimiento de la causa de la Libertad que cada uno construía por su lado. Bolívar, como sabemos, después de la ayuda recibida de San Martín para entrar en Quito y de su público reconocimiento de que el gobierno de Colombia era deudor de una gran parte de la victoria de Pichincha, se aleja de San Martín tras su entrada en Guayaquil porque se considera fuerte otra vez y no desea compartir su gloria con nadie.

El tan cacareado ideal bolivariano de una América del Sur unida, con toda una fraseología nacionalista estridente y ambigua, queda invalidado

cuando uno piensa en las sucesivas traiciones del gran héroe: primero a su correligionario Francisco de Miranda, para liderar él solo la revolución venezolana; después en Guayaquil, a José de San Martín, el verdadero libertador demócrata y patriota del Cono Sur, al negarle el apoyo militar frente al ejército español en Perú; por último, Bolívar llegó a traicionar su propia cosmovisión política cuando en sus años postreros ensayó la dictadura en la Gran Colombia, anticipándose a la Historia latinoamericana. Quizá Bolívar, a pesar de su atractivo utópico, haya sido el primer caudillo en América.²

Guayaquil estaba dividido: una parte (la autonomista), era adicta a San Martín y otra (los anexionistas), a Bolívar. Nada se sabe del encuentro entre ambos libertadores, solo que a partir de entonces San Martín se autoeliminó de la tarea de liberar a América. En una larga carta que escribió luego a Bolívar se lamentaría de que los resultados de su entrevista no hubieran sido los que se prometía para la pronta terminación de la guerra.

Ante esto, parece como si San Martín hubiera dejado inconclusa su tarea y desamparados a los hijos de América. Todavía hoy parece incomprensible su renuncia por lo precipitada.

No abandonó, sin embargo, el Protectorado sin antes convocar al Congreso peruano e instituir la República democrática, como hiciera en Chile y, antes, en Buenos Aires. Fue nombrado presidente Riva Agüero, enemigo de San Martín desde la entrada triunfal de éste en Lima. Posteriormente sería depuesto por sus conflictos con el Congreso y el estallido de la guerra civil. Fue sustituido por Bolívar.

Hasta su retiro, en su chacra de los Barriales, persiguen a San Martín las noticias del mundo que ha dejado atrás. Piensa pasar a Buenos Aires para ver a su mujer quien, tras años de enfermedad, se encuentra en mal estado, pero le avisan de que una partida intenta prenderlo y tiene que renunciar a sus proyectos. Remedios fallece el 12 de agosto de 1823 sin que San Martín pueda llegarse hasta su lecho de muerte.

2 Alfredo Taján. Las independencias dependientes. Sur, 5-12-09

Su casa de Magdalena es asaltada y saqueada. En Perú comienza una guerra civil; en Chile no tiene ya a su amigo O'Higgins porque su gobierno había caído; en Buenos Aires no le han perdonado su desobediencia de 1820 y piensan que va a volver para dar un golpe militar... Todas las puertas se le cierran. Por si fuera poco, en las Provincias Unidas fermenta un nuevo brote de guerra civil y el gobierno recela de San Martín.

Ante esto, parte de América el 19 de febrero de 1824, bajo el nombre de José Matorras. En Francia ponen trabas a su desembarco y pasa a Inglaterra, donde permanece unos meses, y luego pasa a Bélgica, donde fijaría su residencia. Pero sus escasos recursos no le permiten seguir en Europa y en 1828 decide viajar a Buenos Aires, para ofrecer sus servicios al gobernador argentino, donde llega el 6 de febrero de 1829. Pero el viaje supone un fracaso. Los políticos desconfían de él y los amigos prefieren mantenerse en una prudente expectativa. San Martín no desembarca en Buenos Aires y pasa a Montevideo, donde residió poco tiempo, para volver a Europa a mediados de año. En Bélgica vivió dos años con su hija, quien se casaría poco después. Luego se instala en las afueras de París. La pobreza, las enfermedades y la nostalgia serían sus compañeras. Cultiva una vieja afición: la pintura.

A partir de 1845 comienza a perder la vista.

Veinticinco años duró su expatriación, hasta el 2 de agosto de 1850 en que, tras un terrible dolor de estómago, dejó de existir en la calle Grande en Boulogne-sur-Mer, donde se trasladó con su hija, el marido de ésta y sus dos nietas al estallar la revolución de febrero de 1848 en París.

Por deseo expreso en su testamento, el estandarte de la conquista de Pizarro volvería a Lima y su sable fue entregado al Jefe del Estado argentino, el dictador Rosas, lo que levantaría críticas. Rosas procura que los restos de San Martín, que desde 1861 descansaban en la bóveda de la familia González Balcarce, ubicada en el Cementerio de Brunoy (Francia), vayan a Buenos Aires, pero su caída del poder retrasó el traslado hasta el 28 de mayo de 1880, bajo la presidencia de Avellaneda. Los documentos de San Martín fueron entregados al General Mitre, elegido Presidente de la República argentina en 1862 quien, luego, escribió sobre las vidas de San Martín, Belgrano y otros generales de la independencia americana.

La descendencia de San Martín se extinguió al morir soltera una de las nietas y sin descendencia la otra.

En 1947, durante la presidencia de Juan Domingo Perón, se trasladan a Buenos Aires los restos de D. Juan de San Martín y de su esposa que, hasta entonces, reposaban en la iglesia de Santiago de Málaga. Hasta 1998 permanecieron en el Cementerio de la Recoleta. Luego fueron trasladados a Templete, que honra la memoria de su hijo en Tapeyú.

Actualmente los restos de José de San Martín descansan en la catedral de Buenos Aires, en un mausoleo fuera de la planta principal e inclinado con la cabeza hacia abajo por su supuesta filiación masónica. La Iglesia Católica puso reparos a que los restos se acogieran en un templo consagrado. Se cree que la posición del féretro es un símbolo de la supuesta condena infernal a la que los masones estarían expuestos, pero esta teoría ha sido negada y se ha explicado que la inclinación que presenta es debida a que el espacio fue construido con menor capacidad de la que correspondía y cuando llegó el ataúd desde Francia, que tenía doble cobertura, no pudo ser acostado totalmente debido a un simple error de cálculo. Esto no explica, en modo alguno, por qué se colocaron los pies de San Martín hacia arriba y la cabeza hacia abajo.

En la tumba reza: *“Triunfó en San Lorenzo, afirmó la Independencia Argentina, pasó los Andes, llevó su bandera emancipadora a Chile, al Perú y al Ecuador”*.

Algunas consideraciones sobre la personalidad del Libertador

En todas las épocas, cuando los hombres se han ocupado de las manifestaciones de tipo espiritual o intelectual de sus semejantes, se han planteado la pregunta del por qué y el cómo de las diferencias entre unos y otros. Los poetas resolvieron el problema describiéndonos las peculiaridades del pensar, sentir y actuar, es decir, del “vivir” de sus personajes. Los científicos dirigieron su atención hacia las “diferencias individuales”. Estas “diferencias” es lo que conocemos comúnmente con el nombre de carácter y se entiende como *“aquello que el hombre desarrolla en sí mismo, a lo largo*

de su vida, de acuerdo con sus propios condicionamientos y en el contacto con el mundo que le rodea”.

Si tratamos de analizar un carácter, con lo primero que nos encontramos es con que existen infinitos rasgos de diferenciación.

Para tener una idea de las formas peculiares de un determinado carácter, es necesario en primer lugar establecer el “tipo”. Por tipo entendemos una forma característica de la vida espiritual que es propio no sólo de un individuo sino también de un grupo determinado. Sin embargo, en el “tipo” sólo se ponen de relieve algunos rasgos distintivos, con lo que, al dejar a un lado todos los demás, se realiza una abstracción de la imagen del hombre y, por ende, de las infinitas posibilidades humanas. Pero, al mismo tiempo, se consigue una valiosa ayuda que hace posible una visión superficial de las formas espirituales.

El tipo será, pues, algo esquemático y una individualidad particular nunca se corresponderá totalmente con el tipo al que pertenece. Y, sin embargo, jugará un importante papel en la fijación de la caracterología de una persona y desde el principio (ya Aristóteles describiría una tipología muy detallada) se ha admitido que constituye una base innegable para procurar una visión sobre las diferencias en el modo de ser de los hombres.

Según las teorías de Edward Spranger³, que parten del principio de que las manifestaciones vitales objetivas, las creaciones valiosas y los bienes culturales pueden dividirse en varios grupos, tendremos que si un individuo particular dirige sus intereses a un determinado campo de valores objetivos, es para encontrar en él su realización vital; es decir, que precisamente en esta elección reside el que pertenezca a un tipo o a otro. La descripción de uno de los seis grupos en que se divide el “tipo” coincide en gran manera con los rasgos que conocemos del personaje que nos ocupa. Spranger describe así a su “tipo”⁴:

El hombre social. El modo de ser del hombre social viene determinado por la necesidad de igualdad en las relaciones humanas. Está completa-

3 Heinz Dirks. La Pirología descubre al hombre.

4 Ibidem

mente “inserto” en el terreno de lo orgánico y viviente y su participación se limita a lo humano. El hombre social puede formarse en primer lugar en su encuentro con el “tú” y especialmente en aquellas situaciones en que puede ayudar a los demás. Observa a los otros hombres de acuerdo con las posibilidades que éstos llevan en sí mismos, fomentándolas en forma desinteresada. El prójimo, contadas sus posibilidades y debilidades, constituye para el tipo social el valor decisivo de la vida. Por esta causa se halla dispuesto a ser útil y experimenta la mayor satisfacción vital cuando puede servir a los más altos valores tal como los ve, personificados por los otros hombres. Todo este comportamiento implica una renuncia a exhibir y valorar su propia persona, lo cual hace que le sea muy difícil la autoafirmación de la sociedad y que, por el contrario, se encuentre mejor en el interior de una comunidad. Su postura viene determinada, no por el dominio, sino por la entrega. El principio del hombre social se hace realidad claramente en las órdenes y comunidades que tienen su fin en el cuidado y auxilio de enfermos. Este “tipo” se halla personificado también por muchos médicos que se desviven por el tratamiento de sus enfermos. La mayor parte de los hombres sociales permanecen en el anonimato por desempeñar en la vida una ocupación desinteresada; solo muy pocas personas llegan a la “fama” y entonces se transforman en víctimas honoríficas por un público entusiasta⁵.

En la descripción transitoria aparecen reflejadas algunas de las facetas más acusadas del carácter que, a través del estudio de la vida y la carrera de José de San Martín, hemos podido observar. Así, la “necesidad de igualdad” coincidirá con su desmedido afán de consecución de la libertad por la libertad; su “satisfacción vital” vendrá dada por la total entrega a una causa en la que vuelca toda la experiencia adquirida en las guerras de España, poniéndola al alcance de sus hombres al instruirlos y adecuarlos para su cometido y, al mismo tiempo, dando al difícil arte de la guerra una perspectiva hasta entonces desconocida en aquellas latitudes; su “renuncia a exhibir y valorar su propia persona” es bien patente durante todo el

5 El subrayado es de la autora de este trabajo

transcurso de su carrera y ya vimos en cuántas ocasiones rechaza honores, ascensos, rehuye agasajos, siempre que le es posible, y si ostentó el cargo de Protector del Perú, asumiendo su gobierno, sería, sin lugar a dudas, porque así lo consideró necesario dada la poca firmeza de la liberación de Lima con numerosas tropas realistas (hay que tener en cuenta que el ejército de Perú era, entonces, el más numeroso y mejor equipado de toda América), merodeando por sus alrededores dispuestos a recuperarla. Respecto a su “fama”, es cierto que tuvo muchos detractores y, si analizamos los hechos, veremos cómo sus cualidades políticas no estuvieron a la altura de su gran talento militar. San Martín dejó escapar ocasiones en que, de actuar con una diplomacia, un “tira y afloja”, hubiera conseguido mayores logros en el terreno político; pero a un carácter como el suyo no le van las sutilezas diplomáticas porque es directo, enérgico y tajante; no hizo concesiones, ni siquiera para consigo mismo, y esto, estimamos, también le perjudicó en el concepto de muchos, de todos aquellos para quienes era incomprensible un comportamiento del que no se derivara algún provecho propio y por eso cuando rechaza, una y otra vez, cargos y concesiones económicas le acusan de cualquier cosa con tal de rebajarle. Pero es más cierto que ni esos detractores pudieron quitarle su triunfo de Chacabuco, posible gracias al paso de la cordillera andina, hazaña que le pone al nivel de genios como Aníbal o Napoleón; ni la toma de Lima, prodigio de táctica militar, por citar sólo dos ejemplos de tan larga y brillantísima carrera como fue la suya, que ha quedado plasmada en la Historia para admiración de todos.

Pero para estudiar con propiedad los rasgos caracterológicos de José de San Martín habremos de separar los que se refieren a sus aptitudes y capacidades de los que se refieren a su conducta cotidiana.

En primer lugar hemos de considerar que las aptitudes y capacidades, tomadas en sí mismas, no poseen una importancia decisiva, puesto que su acción viene determinada por la voluntad. El hombre puede encontrarse dotado de dones naturales en una mayor o menor medida y, según esta dotación, puede aplicar sus aptitudes en terrenos diferentes, pero siempre condicionado por ciertos factores, como ahora veremos:

Si partimos de la base de que en el desarrollo de un hombre primero se moldean sus disposiciones personales, habremos de retroceder hasta la

época en que vemos a San Martín en los estudios de la historia sagrada, la gramática y, sobre todo, las matemáticas, en cuya disciplina dicen sus biógrafos, que destacó. El dominio de las ciencias exactas era algo que le iba a servir de mucho en sus planeamientos militares futuros.

Pero las disposiciones personales, por sí solas, no determinan lo que un hombre será en la vida, sino que están las influencias circundantes también. El futuro héroe, que se valdría de esta inclinación natural hacia las matemáticas para planear sus heroicas campañas e instruir a sus soldados en el arte de la guerra, se vio introducido en tales menesteres por condicionamientos circunstanciales. De haber nacido en otra época o en otras circunstancias podría haber llegado a ser un gran matemático, pero no un héroe.

Sin embargo, de no poseer unas peculiares dotes, no habría conseguido la rendición de Perú. Su habilidad estratégica y su táctica, no solo basadas en conocimientos matemáticos, sino también en una concreción y una lógica inteligentes, frente a un ejército superior al suyo no solo en número, sino en toda clase de posibilidades, hacen que nos inclinemos ante esta evidencia insoslayable. La lástima fue que la ignorancia y el poco conocimiento de las gentes no les hicieran comprender esta superioridad intelectual del Libertador (por eso le tacharían de cobarde). San Martín había tenido un largo aprendizaje y lo había asimilado; los peruanos estaban dando aún los primeros pasos en el difícil sendero de la guerra.

En segundo lugar, habremos de considerar que las propiedades de la conducta son una consecuencia del acuerdo hombre-medio exterior, por lo tanto, pueden variar según las circunstancias.

Pero es que, también, habremos de tener en cuenta el temperamento. Por temperamento se entiende “*el proceso de los fenómenos síquicos tal y como se manifiestan en la conducta del hombre*”.

Tendremos, pues, una conducta, consecuencia de un proceso síquico y condicionada por unas circunstancias.

Y otra vez habremos de retroceder al momento de la decisión tomada por San Martín de abandonar España, decisión que no nos cabe duda fue la consecuencia de un “proceso síquico”, una toma de conciencia de que esos ideales de libertad que movieron su obra toda no podían resultar factibles

en una España tan enredada como la de Fernando VII, una España y un rey que debieron desilusionar profundamente a un hombre como San Martín. Las circunstancias que decidieron su viaje, proporcionaron a los hombres, envueltos en la discordia que se enseñoreaba de la lejana América y que amenazaba convertirse en una cruenta guerra civil, un “caudillo” y a San Martín la gloria de ser su Libertador.

Si analizamos la conducta seguida con su mujer y que también fuera objeto de las más duras críticas de sus detractores, habremos de considerar también las “circunstancias” y el “proceso síquico” seguido por San Martín. Las circunstancias de su vida no eran las más apropiadas para llevar a una mujer y a una niña pequeña a remolque; ya hemos visto cómo en la época en que fue gobernador de Cuyo tuvo a su familia consigo, pero es que su existencia fue prácticamente la de un soldado y transcurrió en cuarteles y en campamentos, no en palacios ni entre comodidades; solamente en la época en que ejerce el protectorado de Perú puede reprochársele que no enviara a por su familia, pero, ya hemos visto, cómo su mujer padecía la terrible enfermedad que la llevó a la muerte y que, en tal época, debía encontrarse en un estado avanzado, aparte el poco tiempo que San Martín se mantuvo en el cargo y que, prácticamente no daría lugar a preparar el traslado. Desde este punto de vista, la manifestación del proceso síquico seguido nos parece la más lógica.

Por último, nos referiremos a otro de los hechos incomprensibles para muchos de la vida de este gran hombre: su marcha de Lima una vez ocurrida la tan comentada entrevista con Bolívar.

Ya hemos dicho nuestro punto de vista al respecto en otro lugar de este trabajo. Desde luego hay que reconocer que es el hecho que menos explicación tiene en apariencia y que, sin embargo, se nos antoja como muy significativo de una de las peculiaridades de un carácter que presenta tantas complejidades. Ya dijimos cómo en cada tipificación caracterológica se hallan una serie de rasgos, los más representativos de cada grupo, pero sin que esto signifique una valoración absoluta; por ello, una individualidad en particular tendrá los rasgos típicos del grupo en que se encuadre, pero, además, estará compuesta de otros muchos rasgos que, en su conjunto, formarán un ser único, sin repetición posible, que no podrá ser encasillado

jamás, ni catalogado como individualidad “típica” absoluta, por más que avancen las ciencias de la psicología

A modo de conclusión

Hemos expuesto aquí, de un modo sucinto, el acontecer de una vida que, por ser tan dilatada, no solo en años sino en hechos, necesitaría un mayor espacio para analizar cada hecho en sí y sus consecuencias, enlazándolo con el estudio del carácter y la motivación. Dichos carácter y motivación los hemos desarrollado tan solo desde un enfoque general y referidos a las más representativas y, por ende, más discutidas acciones del héroe de Chacabuco, Maipú y Lima, que con ser las más importantes son, sin embargo, una parte nada más del conjunto que componen el largo período militar de José de San Martín, tan fecundo en resultados satisfactorios.

Nos hubiera gustado, y ya nos referimos a ello anteriormente, conocer mejor los hechos de su vida particular durante los años de campañas en tierras españolas, a fin de profundizar más en el carácter que en estos años se estaba formando. También son interesantes sus ideas de retiro, en especial ese extraño viaje a Buenos Aires, como si pretendiera, en su afán de rectificación, volver para continuar la labor inconclusa y se encontrase con que otros lo habían sustituido y acabado en su ausencia, siendo las metas otras ya, ajenas al ideal de su vida. La vuelta a Europa con las manos vacías debió ser como un rudo golpe para este hombre que, habiéndolo dado todo, se encontró en su vejez solo y perdido en un país que no era el suyo y con el peso amargo de un aislamiento injusto, derivado de la incomprensión y la falta de consideración de los que, debiendo agradecimiento, solo devolvieron desconfianza o, lo que es peor, indiferencia.

